

un cuchillo de sacrificador. El becerro, símbolo de sus latrocinios o succiones del país; el cuchillo, emblema de su oficio de antes y de su política de ahora.

—¿Qué le respondo al Nuncio, general?

—Que no tengo tiempo.

—¿Y si estuviese ahora aquí mismo, en Miraflores?—preguntó Márquez con su más cortésana sonrisa.

El monstruo hizo un signo vago.

—Vendrá a pedir dinero—dijo.

El amigo Márquez, haciéndose el sordo, aprovechó la ocasión. Aspiraba a ser Conde.

Dirigióse a una puerta cerrada, hacia el fondo del salón, hizo un signo a un edecán y poco después escuchóse el fru-fru de la seda. Y pobló el ambiente un suave aroma de Colonia. Parecía que hubiese entrado una cortesana.

Pero no era una cortesana quien entraba; quien entraba con aquel frou-frou de faldas, con aquel olor de tocador, cubierto de polvos, contoneando las caderas, la sonrisa en los labios y deshecho en cortesías, era Monseñor Pietropaoli, Nuncio de Su Santidad, decano del Cuerpo diplomático, «bribozuelo vestido de azul», según palabras de Gómez. Era un italiano moreno, bajo de cuerpo y de alma, muy zalamero, muy falso.

—Excelentísimo señor general: yo tenía especialísimo deseo de saludarle privadamente, con motivo de haber sofocado la horrible conspiración, antes de que, como decano del Cuerpo diplomático, convoque a mis colegas para que de un modo oficial le presentemos nuestro hamenaje.

—Muchas gracias, monseñor.

Hablaba español bastante claro; pero encabalgando y multiplicando los períodos. No parecía que conversase, sino que pronunciase discursos, malos discursos.

El amigo Márquez, discreto, se eclipsó.

—Dios ha querido conservar la vida de Vuestra Excelencia y la paz de la República, para bien de esta nación católica, que bajo el gobierno de Vuestra Excelencia prosperará tanto y que bajo Vuestra Excelencia está llamada a grandes destinos si Dios, como parece, se digna conservar a Vuestra Excelencia al frente de ella.

—Muchas gracias, monseñor.

—También deseaba decir a Vuestra Excelencia que mi corazón está profundamente lacerado por la desgracia ocurrida al padre Franquis, sacerdote católico de muy recomendables prendas, aunque perturbado por el mal ejemplo revolucionario y francmasónico.

Gómez torció el gesto, empezando a dar signos de impaciencia.

Francamente no le era simpático el Nuncio.

—De los hombres es errar y él erró—continuaba el irrestañable monseñor—; erró olvidando su santo ministerio, por el campo de las pasiones políticas en que se lanzara.

Gómez, acentuando más y más sus movimientos de impaciencia, dijo:

—El padre Franquis murió: ese era su destino. ¡Qué le vamos a hacer! Nadie le apreciaba más que yo. Habíamos sido bastante amigos. Pero ahora, francamente no me parece oportuno...

El Nuncio, impertérrito, seguía hablando:

—El pequeño servicio que con motivo del padre Franquis pude hacer a Vuestra Excelencia, y de que nunca me arrepentiré, no es incompatible con el sentimiento cristiano más puro...

Gómez se puso de pie. El Nuncio, poniéndose también de pie, continuó:

—...Y en nombre de este sentimiento cristiano me atrevo a implorar para la familia del infeliz sacerdote católico una remuneración de Vuestra Excelencia. Y Vuestra Excelencia, tan noble cuanto...

Gómez lo interrumpió con brutalidad, y con brutalidad dijo:

—Usted hubiera podido participar al señor Márquez que solicitaba dinero...

—Excelentísimo señor general. Yo, con el debido respeto...

Gómez, volviendo de su incivilidad, trató de sonreír y sonrió con su sonrisa más falsa, con su sonrisa de colmillo.

—Adiós, monseñor. Volveremos a vernos y hablaremos de eso. Ahora excúseme; tengo mucha prisa.

Aquel Pietropaoli era una sanguiuja. Por diferentes medios, en diferentes ocasiones había sacado dinero al Gobierno. Su avidez de oro no conocía límites. Hasta «el bello título

conde» había sido un negocio para él. Pero Gómez, rehacio a la esplendidez, habituado al toma y daca, incapaz de hacer ni dar nada con desinterés, exigió que lo sirviesen por su dinero. El Nuncio de Su Santidad se prestó a todo.

La cosa pasó así:

Un cura, enemigo encarcelable de Gómez—el padre Franquis—, estaba oculto nadie sabía dónde. Nadie podía dar con él, a pesar del mucho tiempo perdido en buscar su paradero. Gómez suspiraba por aquella pieza y rogó a Pietropaoli que le ayudase a encontrarla.

Pietropaoli se armó de astucia y desplegó sus habilidades. Por fin averiguó que un curita de provincia lo tenía escondido haciéndolo pasar por su padre. Se puso en relación epistolar con el perseguido, le inspiró confianza, lo conquistó. Era el Nuncio de Su Santidad, y el perseguido sacerdote tuvo fe en el representante del Papa.

Poco tiempo adelante fingió el pérfido Nuncio un viaje al extranjero y escribió al padre Franquis, comprometiéndose a sacarlo del país y enderezarlo a Roma, con efusivas recomendaciones. El infeliz cayó en el garlito, y monseñor Pietropaoli, príncipe de la Iglesia y Nuncio de su Santidad, al servicio del monstruo, entregó al pobre sacerdote católico a los verdugos.

Ensombrecido su espíritu por aquella traición y víctima de crueles torturas físicas—que le hizo aplicar Gómez—, no pudo Franquis resistir largo tiempo. Muerto lo sacaron, meses después, de la cárcel.

Ahora Pietropaoli quería roer los huesos del infeliz sacerdote, comer de aquel cadáver, sacar más dinero a Juan Bizonte, so pretexto de socorrer a la familia.

Ya el monstruo no necesitaba de aquel príncipe de la basura. Ya no le daría dinero, sino puntapiés. Lo conocía.

Hacia el acercamiento internacional hispano-americano

Proyecto de la resolución de la Dirección General de Escuelas aprobado por el Honorable Consejo en su sesión del día 14 de marzo de 1923.

Asunción, 1º de marzo de 1923

VISTA la comunicación N° 251 del Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública que hace saber la resolución del Consejo Honorable de Educación de la República Argentina, de designar algunas escuelas públicas de instrucción primaria de la Capital Federal con los nombres de las Repúblicas Latino-americanas del Continente, como un paso hacia la obra del acer-

camiento internacional que debe realizar la escuela educando las nuevas generaciones que formarán los pueblos del futuro, como una orientación inspirada en la paz y concordia humana, y teniendo por única finalidad aunar los esfuerzos de todos para el bien común, EL CONSEJO N. DE EDUCACIÓN, animado de los mismos sentimientos de confraternidad y compenetrado de los mismos ideales de educación, y